

Travesía Gourette-Artouste

BELLA, ARROGANTE, PODEROSA, SUGERENTE (12/03/2016)

POTENTE, SATISFACTORIA, INICIÁTICA (11/03/2017)

La travesía invernal desde la estación de esquí de Gourette a la de Artouste, vista desde lontananza, desde las pistas de esquí de Artouste, siempre se me ha presentado radiante, atrayente y clara. No tiene pérdida: tan solo se trata de bajar una ladera de unos mil trescientos metros de desnivel por una nieve deslumbrante. Esto, unido a que se puede ascender desde el lado de Gourette en los remontes mecánicos casi hasta el collado desde el que inicia el descenso, me llevaba a concebirla como un destino muy cómodo para transitar por paisajes cubiertos de nieve virgen, blanca y uniforme, sobre los que nadie ha pasado, sin tener que pechar con una ascensión larga, pesada y de gran exigencia física.

La línea de adjetivos superior es la correspondiente a la crónica que escribí el año pasado, en el intento fallido de realizar la travesía. En aquella ocasión fue el material que algunos llevábamos y la impericia en su manejo lo que echó por tierra nuestras aspiraciones, pues al fin y al cabo, habíamos ido preparados para *pelear contra la montaña, no contra los elementos*. Pero al igual que Felipe II tras el desastre de la Armada Invencible: *<En lo que Dios hace no hay que perder ni ganar reputación, sino no hablar de ello>* los integrantes de aquel intento –todos ellos presentes en esta edición- durante todo un año han tenido el buen gusto de, no solo no hablar de ello, ni siquiera insinuar el más mínimo reproche a los que fuimos más responsables de aquella falla.

Es verdad que esa mala conciencia subyacente en alguno de nosotros nos llevó a poner más esmero en todos los preparativos. Y se notó ¡vaya si se notó! Los que venían de Zaragoza llegaron los primeros, incluso antes que los componentes franceses de la expedición (3 de 7) -mojándoles la oreja en un aspecto en el que, casi siempre, salimos perdiendo frente a los franceses: madrugar y puntualidad-. Sabíamos dónde comprar los forfaits, lo que nos permitió saltarnos la cola de más de una hora que el año anterior hicimos en las taquillas. Así, con antelación a la previsión horaria más optimista, estábamos subidos en el telesilla, en una bella y radiante mañana de sol, que reverberaba en la blancura de la nieve. Íbamos felices y confiados viento en popa hacia un destino ya conocido, que el año anterior, con la gran nevada que había caído, se nos había mostrado severo, pero seguro y acogedor.

Sin embargo, la alta montaña es voluble y caprichosa. El mismo paso que en unas condiciones es seguro y hasta acogedor, en otras condiciones, es osco y hasta hostil. Y este fue el caso. Llegamos al collado en el que el año pasado la pronunciada pendiente importaba e imponía poco, ya que la nieve en la que nos hundíamos hasta la cintura lo paraba todo. Este año el collado conservaba idéntica pendiente –ni el tiempo transcurrido ni el conocimiento previo la habían menguado- pero con una nieve muy dura, a tramos helada, que exudaba y brillaba con los primeros rayos de sol, y que conformaba un inmenso plano inclinado de una superficie pulida y resbaladiza que crepitaba, al paso de los esquís, como si caminásemos sobre cristales rotos. Ahora, está pendiente sin fin, sí que importaba e imponía ¡Y mucho!

Sin embargo, el fracaso del año anterior sirvió de anestésico. –Una vez se puede fallar sin merma de reputación, pero ya dos... no-. Y la pregunta eufemística que nos hacíamos unos a otros: ¿qué, cómo lo ves? quedaba sin respuesta. La determinación a subir ese collado, fraguada lentamente durante 364 días, era inquebrantable y a ello nos dispusimos sin atrevernos a insinuar que cabía la opción de darnos la vuelta y entregarnos a un día de solaz en las pistas de esquí, mezclados entre una muchedumbre jovial y bulliciosa. Pasamos, sin ni siquiera verbalizarlo, al plan B: crampones y esquís a la espalda.

¡Lástima que determinación y pericia no vayan siempre de la mano! Porque el primer problema vino a la hora de quitarse los esquís. ¿Cómo se hace eso en medio de una pendiente inclinada de nieve helada donde todo resbala hacia abajo, incluidos los esquís? ¡Pues se hace, se hace! -Yo tampoco lo sabía, lo aprendí allí, sobre la marcha-. Te quitas con mucha suavidad y mimo uno de los esquís (el que está más alto) sin hacer ningún movimiento brusco para que el otro, que lo tienes con el canto vivo contra la nieve-hielo, no pierda el agarre cuando pongas todo el peso sobre él y, después, con pequeños golpecitos con la puntera de la bota liberada vas, poco a poco, tallando un escalón en la nieve-hielo en el que apenas sí te caben las botas. Y allí, cimbreando como un funambulista en la cuerda floja, te calzas –no sin gran esfuerzo- los crampones.

Es verdad que cuando notas que varios de los pinchos de los crampones se hincan en la nieve experimentas un cierto alivio. Te sientes árbol unido a la tierra por unas mini raíces. Pero de ahí a sentirte seguro, como predicaba en voz alta Javier como terapia de autosugestión, hay un trecho -¡que yo, no recorrí!-

Seguros o inseguros, todos comenzamos la ascensión. Primero los franceses -que para eso jugaban en casa y eran los anfitriones- y después los de Madre Patria. Subiendo por el collado, con el piolet en una mano, clavándolo anticipadamente antes de cada paso, y con el bastón en la otra, de apoyo para mantener el equilibrio, vigilas mucho más al que te precede por arriba que al que te sucede por abajo. Y es lógico: al de arriba no le pierdes ojo por si se resbala y lo tienes que esquivar dejándole pasar, como una exhalación, hacia su destino lejano; al de abajo no te atreves a mirarle porque, cada vez que miras, ves cual puede ser tu lejano destino; al de arriba le agradeces la huella que ha ido marcando en la crujiente superficie, que te permite clavar el crampón un poco más profundo, un poco más seguro; al de abajo le anotas en su debe una ronda de cerveza por la huella que le estás dejando; el de arriba te desazona cuando bascula hacia el lado que tú no hubieras basculado, y toma el camino que tú no habrías tomado, pero que irremediamente vas a seguir, ya que la alternativa de prescindir de la huella ni la contemplas; el de abajo te halaga cuando sigue tus pasos. Con estos pensamientos y estos sentimientos, fuimos avanzando, poco a poco, a ritmo de himalayista; cada 6 u 8 pasos, parada para, con sonoros jadeos de respiración entrecortada, recobrar mínimamente el resuello. Es curioso, pero en esa condiciones se pone en marcha el lenguaje de los jadeos. Tan solo con el sonido de los jadeos, sin tener que mirar y perder de vista el próximo punto donde vas a clavar el crampón, sabes si el compañero se aproxima o se aleja, si va forzado o sobrado, si marcha o se para, si aumenta el ritmo o lo ralentiza. -Alguna mente turbia hará alguna asociación de ideas que a mí, ni se me habían ocurrido-.

En poco más de 40 minutos –que diferencia con la idea asociada- coronamos el collado. Alborozo, felicitaciones y abrazos, como si hubiéramos hoyado una gran cima. –¡Y no era para menos!- Tras 364 días de espera estábamos allí arriba, donde habíamos querido estar. Ante nosotros teníamos una inmensidad de montañas vestidas de novia, con un immaculado y deslumbrante traje blanco, realizado por un sol brillante en el zénit. Nos entregamos a la contemplación del grandioso espectáculo y, con la emoción y urgencia del novio que, tras años de espera, toma a la novia en brazos para traspasar el quicio de su casa, nos lanzamos pala abajo, en un primer momento de forma anárquica, tomando un sorbo de goce individual que viniera a aplacar el ansia, a un nivel, en el que el goce pudiera ser compartido.

Primera parada de reunificación. Pregunta de los compañeros franceses que ejercían de anfitriones ¿Bien? Respuesta unánime: <mieux que bien>.

Jan, de 14 años, que fue el primero que coronó el collado -y con toda seguridad no apreció ninguna de las diatribas que yo he relatado sobre el ascenso: simplemente vio el collado, lo subió, y puede ser que al coronar, exhalara algún leve suspiro, pero esto no está contrastado-, es además esquiador del equipo de competición de Artouste. Y no sé si espoleado por el comentario que hice de esta circunstancia o simplemente atraído por la pendiente, se lanzó en un nuevo descenso haciendo gala de una técnica y estilo que contagió al resto y llevó a alguno de los nuestros a venirse arriba, tan arriba, que quebró los bastones. El incidente se resolvió con una cesión de un bastón de Carlos y otro de Jean. Así, de este modo, ellos, Jean y Carlos, que son infatigables buscadores de emociones fuertes, añadían una bolita más de pimienta blanca al descenso que estábamos acometiendo, por ventradas pendientes (de esas que no ves la parte baja, que parece, cuando te lanzas por ellas, que vas hacia el abismo).

Segunda parada, y fonda. Sobre el tejado de una *cabanne pastoral* a la que se accedía a pie llano, ya que la altura de la nieve en la zona llegaba hasta allí, renovamos fuerzas, hicimos bromas y conocimos un poco más, al tercer compañero francés: Olivier. El buen y solícito Olivier, que había venido directamente desde París viajando durante toda la noche y durmiendo en el tren, sin que ello hiciera la más mínima huella ni en su sentido del humor ni en su condición física, resultó ser un *runner* de esos que hacen carreras de montaña, que tan de moda se han puesto. Y allí, como hacen *runners* y *veganos*, sin necesidad de preguntar, nos contó los próximos compromisos que tenía, siendo el más relevante, la participación por segunda vez en una carrera que recorre las cimas del País de los Pujol -Andorra, no confundir con la bella y españolísima Cataluña- y cuyos detalles más relevantes son: 280 kilómetros, 20.000 metros de desnivel positivo y 110 horas de límite. ¡Nada, una menudencia! Con ese bagaje, ya nos advirtió que cuando llegásemos a Artouste, en lugar de subir en silla, él iba a montar las focas y salvar los 700 metros de desnivel subiendo a pie. ¡Qué manera de desaprovechar el forfait, para eso uno no se gasta el dinero!

Retomamos el descensos, ahora ya por un bosque de hayas en el que faltaba nieve y había que buscar las lenguas por las que discurrir con los esquís, lo que unido a la calidad de la nieve que los 15º de temperatura transformaban en sopa thai –"Yatecomo" la llaman mis hijos- con sus fideos en forma de raíces, tropezones de algas y verduras irreconocibles en forma de piedras. Alguno, nos comimos alguna haya, más por el ímpetu descontrolado que por

apetito, hasta que llegamos a donde la nieve ya no existía. Descalzamos los esquís y, con ellos al hombro, concluimos el descenso.

A pie de la silla, Jan anunció que se sumaba a Olivier y que, en lugar de tomar el ingenio mecánico, iba a subir foqueando. Y así lo hizo, sin perderle la cara en ningún momento al *runner*.

Cuando llegamos al bar de la estación nos encontramos con Mila y Manuela, que se habían quedado esquiando mientras aguardaban nuestro regreso, y que nos recibieron con una alegría exaltada, pareja a la de las vikingas a la llegada del barco de los maridos a la aldea.

Tras ir a buscar los coches a Gourette, nos sentamos en torno a la mesa de un restaurante en el que nos amenizaron la comida con un concierto, que estaba teniendo lugar en la parte baja del establecimiento, de una banda que tenía como himno el delicado *God Save The Queen* de los Sex Pistols, que repetía a cada poco, y que provocaba entre sus seguidores unos espasmos como la electricidad al meter los dedos en un enchufe. Y, entre *God Save The Queen* y *God Save The Queen*, intercalaba versiones de música melódica: AC/DC, Jethro Tull, Los Ramones, y una colección de canciones del siglo pasado que maridaban, no sin cierta dificultad y desajuste, con la sutileza de las dos botellas de Matarromera de las que estábamos dando cuenta.

Y en este ambiente tan ecléctico y eléctrico –el avisado lector, habrá advertido que no he hecho referencia a las viandas, pero, para satisfacer su curiosidad diré que oscilaban entre el *afterpunk* y el *metalthardrock*- se formuló la gran pregunta, la que resumía toda la jornada, la que permite calificar la experiencia de POTENTE, SATISFACTORIA, INICIÁTICA, la que evaluaba el planteamiento, el nudo y el desenlace, la que absolvía cualquier deficiencia: “¿Y el año que viene qué?”

La respuesta fue unánime: “EL AÑO QUE VIENE: ¡MÁS Y MEJOR!”

Ángel Giner Bielsa.